

SOBRE EL FANATISMO RELIGIOSO Y TAMBIÉN... EL POLÍTICO

José María García Gómez-Heras
Catedrático emérito de la Universidad de Salamanca

RESUMEN:

El fanatismo es un fenómeno que se viene observando durante mucho tiempo y que encontramos ligado a no solo a la religión y a la política, sino también a los ámbitos económico, ecológico o informativo. Pero son el fanatismo religioso y el político los que más protagonismo tienen, muy ligados entre sí, y con raíces psicológicas que nos permiten una aproximación al hecho para, además, contraponer al fanatismo la ética.

ABSTRACT:

The fanaticism is a phenomenon that one comes observing for a long time and that we are tied to not only to the religion and to the politics, but also to the areas economically, ecologically or informatively. But they are the religious fanaticism and the politician that you have more protagonism, very tied between yes, and with psychological roots that allow us an approximation the fact, in addition, to oppose to the fanaticism the ethics.

PALABRAS CLAVE: *Fanatismo religioso, político, raíces psíquicas*

KEYWORDS: *Religious fanaticism, politics, psychological roots*

De un par de décadas a esta parte dos mundos: el heredado del siglo XX y el emergente en el siglo XXI, incrementan distancias. Lejanos aparecen ya la sociedad tardoburguesa y el modelo colonialista eurocéntrico, vigentes hasta bien entrada la centuria pasada y también

distante el sistema de bloques político-ideológicos antagónicos que se alargó hasta finales del siglo XX. En su lugar iniciamos una etapa fuertemente impactada por el problema ecológico, la globalización, el policentrismo cultural, el intercambio de población emigrante, la

información acelerada, el turismo de masas, los episodios de terrorismo, las crisis económicas de alcance mundial... Los hombres y con ellos las culturas se transfieren de un espacio a otro y se reencuentran cada día produciendo a veces extrañeza, otras contraste y no raramente conflictos de ideas, creencias y valores. Los datos sociológicos muestran ahora multiculturalidad, diálogo y tolerancia. Con riesgos, para muchos, de relativismo en todas sus formas. Pero ante todo, los encuentros están potenciando el conocimiento recíproco, la conciliación de intereses y los proyectos compartidos - por ahora utópicos - de paz, libertad y justicia universales³¹².

Del mundo sociocultural cotidianamente vivido por los humanos emergen constantemente utopías que aspiran a satisfacer aquellos deseos y pulsiones de lo que denominamos *espíritu*. Entre ellos ha adquirido notoriedad en los últimos tiempos el proyecto de construcción de un *depósito común* de valores morales, normas y creencias, que,

mas allá de las diferencias entre tradiciones, testimonie lo mucho que nos une a todos los hombres. Y se han acuñado rótulos que circulan por doquier: *alianza de civilizaciones, diálogo entre culturas, armonización de culturas, choque de civilizaciones...*³¹³ Los filósofos debaten sobre la pertinencia y ventajas de uno u otro sin alcanzar consenso³¹⁴. A decir verdad, la idea no es novedosa en exceso.. El *irenismo ecumenista* - tanto el civil como el religioso - siempre contó con profetas y adeptos de la paz y de la unidad frente a los de la guerra y de la división. Rastrear nuestra historia permitiría encontrar precedentes lejanos del mismo en las tres grandes religiones del libro. Y mas aun durante la Modernidad, una vez consolidado el pluralismo cristiano y

³¹² El fenómeno socio-político del multiculturalismo y el problema subsiguiente de la interculturalidad atrae hoy en día al ensayismo. Una clarificadora síntesis del mismo puede verse en el libro de G. GONZÁLEZ R. ARNAIZ, *Interculturalidad y convivencia. El "giro intercultural" de la filosofía*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008). Reflexiones teóricas y contextualizaciones históricas sobre las relaciones entre las culturas cristiana, judía e islámica en CHOZA, J. - GARAY, J., (Eds.) *La escisión de las tres culturas* (Sevilla, Themata, 2008) y *Estado, derecho y religión en Oriente y Occidente* (Sevilla, Themata, 2009) (Bibliografía actualizada). Respecto a espacios geográficos interculturales de nuestro entorno y sus problemas específicos ver GÓMEZ-HERAS, J. Ma. Ga., (Coord.) *Cultura, política y religión en el choque de civilizaciones* (La Laguna, Centro de Cultura P. Canaria, 2004) y GÓMEZ-HERAS, J. Ma. Ga. -FEBLES YANES J., (Coords.) *El Mediterráneo, un lugar de encuentro entre culturas* (La Laguna, Centro de Cultura P. Canaria, 2006)

³¹³ Conocido es el impacto y el debate subsiguiente provocados por la obra de HUNTINGTON, S.P.,, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Trad. de J.P. Tosaus (Barcelona, Paidós, 1997). A partir de entonces las iniciativas se suceden. El entonces presidente de Iran, M. Jatami propone el 21 de septiembre de 1998 ante la asamblea de la ONU desarrollar un *diálogo de civilizaciones*. Seis años mas tarde, 21 de septiembre de 2004, el entonces presidente del gobierno español Sr. Zapatero, lanzó en el mismo foro su propuesta de *Alianza de civilizaciones*, acogida por muchos con recelo y escepticismo y por algunos con moderado entusiasmo. Unos meses mas tarde, 14 de julio de 2005 Kofi Annan, Secretario General de la ONU hizo suya la idea y anuncia el 2 de septiembre del mismo año la constitución de un grupo de personalidades de alto nivel que encarnaran la idea y promovieran el *diálogo entre civilizaciones*. Posteriormente el proyecto devino durante un lapso de tiempo lugar tópico en los ambientes académicos, en los medios de comunicación y en los encuentros entre intelectuales o y políticos.

³¹⁴ El añejo debate sobre el significado de los términos *civilización* y *cultura* y su posible homologación continua abierto. Aquí, por lo que atañe a nuestro problema, preferimos la palabra *cultura*, con la que nos referimos al ámbito que engloba el depósito *ético-humanista* de creencias, ideas y valores, al término *civilización*, con el que nos referimos al universo utilitarista de instrumentos propiciado por la ciencia y la técnica.

superadas las trágicas guerras de religión. Nombres ilustres acuden a la memoria: Erasmo, Leibniz, Bossuet... Pero la novedad de la idea en nuestra época reside no tanto en un ideal que pervive cuanto en los nuevos contenidos socioculturales del mismo.

Experiencias históricas traumáticas como las cruzadas medievales, la lucha católica contra el Turco o las guerras interreligiosas cristianas del Barroco han mostrado que hoy estamos emplazados por el logro de objetivos similares a los de ayer: concordia entre el Occidente cristiano y el Oriente musulmán, compromisos compartidos contra el terrorismo internacional, cooperación en la erradicación de las desigualdades económicas y diálogo que posibilite el conocimiento recíproco y, de rebote, erradique los recelos y desconfianzas entre las religiones. El desbroce de prejuicios y la desactivación de resentimientos es condición previa indispensable. Pero las iniciativas en Pro del diálogo intercultural y de consensos mínimos entre culturas siempre han chocado con la actitud de *fanáticos* recalcitrantes. Sobre todo del fanático religioso que disfruta de caldo de cultivo en los colectivos neoconservadores de los EE. UU., del integrista católico que añora los arcaizantes estados confesionales del Antiguo Régimen o del fundamentalista islámico que reivindica la reposición del califato y de la Sharía. Tras las soflamas de sus profetas no resulta difícil descubrir un pesimismo antropológico larvado y una interpretación gnóstico-apocalíptica de las historia, en cuyo escenario se representa la lucha irresuelta entre el bien y el mal.

Lo cual obliga a preguntarse: *¿qué tipo de experiencia de la religión subyace a Savonarola cuando anatematiza el Humanismo y quema lienzos de Botticelli, a los alumbrados del Barroco español cuando abundan en visiones, a los pietistas de Bohemia cuando renacen a la luz del hombre nuevo, a Roberpierre cuando pretende fundar sobre la tierra el imperio de la sabiduría y de la virtud, al ortodoxo radical judío que, metrayeta al cinto, acribilla al indefenso palestino, a los cuáqueros americanos que tiemblan ante Dios angustiados por la culpa³¹⁵, al anarquista de antaño incubando magnicidios en nombre de la libertad o al terrorista de Al Qaeda cuando se autoinmola por sumisión al Dios grande, Alah?*

1.- APROXIMACIÓN DESCRIPTIVA A UN HECHO

La expansión del fanatismo por diferentes espacios socioculturales permite una tipología del mismo. Se puede ser fanático *religioso*, tal como es frecuente en las teocracias islámicas (Iran), *político* tal como lo practican los políticos adscritos a los nacionalismos radicales y fascismos, *económico*, tal como la globalización presupone en algunos comportamientos neoliberales, *ecológico*, tal como exigen los movimientos medioambientalistas maximalistas (*Deep Ecology*), *pedagógico* tal como algunos educadores puritanos aplican en sus modelos educativos e incluso *informativo*, tal como alguna prensa amarilla explota.

³¹⁵ Con el término inglés *to quake* (= temblar) se etiquetó al movimiento puritano surgido a fines del s. XVII en la iglesia anglicana y posteriormente asentado en Pennsylvania (U.S.A.) que abogaba a favor de la iluminación interior del Espíritu, la abolición de las liturgias sacramentales y la gracia irresistible que llena de entusiasmo a los justificados por la fe. Todo ello a contraluz de la corrupción pecaminosa que perdura en todo hombre.

Nuestras reflexiones aquí se centran en dos tipos de fanatismo, el *religioso* y el *político*, dado su impacto en la sociedad presente.

Los medios de comunicación levantan cada día de un hecho: las relaciones actuales entre culturas y religiones aparecen lastradas por la actitud fanática de individuos y grupos, que imposibilitan cualquier aproximación o diálogo sobre creencias, valores, normas y costumbres. Instalado en la seguridad dogmática de quien monopoliza la verdad, el bien y la norma, el fanático se comprende como sujeto portador de un halo de sacralidad, que le otorga una dimensión divina y que le instala entre los ungidos por Dios. El fanático se siente transportado por la divinidad a estados anímicos de delirio, frenesí místico y entrega al martirio. Las sendas normales que actúan como *mediaciones* en la adquisición de conocimiento o en la legitimación de acción, tales como la iglesia, la ciencia o el diálogo y consenso sociales son preteridas en ventaja de la revelación subjetiva, la inspiración interior o el carisma personal. La intensidad de la experiencia irracional de la religión convierte al fanático en tirano apasionado que traspasa los límites de la privacidad al pretender que los otros compartan la verdad y pasión por él poseídas.

La historia se hace eco frecuente de actitudes fanáticas: S. Pablo tilda de tales a los sacerdotes paganos que carecen del “espíritu de Dios” y permanecen cautivos del “espíritu del mundo”³¹⁶. Los teólogos medievales usan el término *fanático* para referirse a las sectas extremistas de los movimientos reformadores: herejes,

rebautizantes... Para los Reformadores protestantes eran fanáticos aquellos colectivos de exaltados e ilusos que conducían las reformas al paroxismo. Bossuet acusa a los protestantes de fanáticos. En las polémicas en torno a Port Royal y al Jansenismo se cruzaron acusaciones recíprocas de fanatismo. Los ilustrados anglosajones Locke y Hume, denunciaron como fanáticos al oscurantismo e irracionalismo de algunas prácticas religiosas basadas sobre la iluminación interior y el entusiasmo supersticioso. Voltaire identifica el fanatismo con el oscurantismo y lo describe como “la superstición puesta en acción”. Entre los partidarios de la Revolución francesa, el fanatismo jacobino fue moneda de curso corriente. Y hoy en día el fanatismo religioso pervive en Mormones, testigos de Jehová, islamistas radicales, judíos extremistas, cristianos ultracarismáticos...

El fanatismo religioso comparte afinidades con actitudes religiosas tales como el fundamentalismo, el integrista o el puritanismo. Son conceptos no coincidentes pero sí tangenciales en múltiples aspectos. El hombre religioso adscrito a ellos se caracteriza por su aversión a formas racionales de legitimación de creencias, valores y normas que apelan al consenso social, a los hechos sociológicos o a la demostración científica. Se cree, por el contrario, en posesión incuestionable de la verdad y desde tal posición practica el dogmatismo, la intolerancia, el exclusivismo y el rigorismo. La consecuencia práctica es obvia: la religión debe ser entendida como tarea misional y proselitista puesto que lo exige la entrega incondicional al Dios en quien se cree.

³¹⁶ 1 Corintios 2, 12.

2.- PERVIVENCIA ENDÉMICA DEL FANATISMO EN LAS TRES RELIGIONES DEL LIBRO

El fanatismo es actitud religiosa que pervive de forma endémica en las tres grandes religiones occidentales: Judaísmo, Cristianismo e Islamismo, reapareciendo periódicamente en la historia de las mismas. Su presencia en las sociedades actuales es constatable allá donde surge un problema político o un debate religioso. La fenomenología del fanático presenta rasgos genéricos compartidos. A partir de una actitud dogmática se muestra escasamente dispuesto al diálogo y a la consideración de las opiniones de los otros. De ahí que se haga acreedor de adscripción a rótulos como integrismo, intolerancia, dogmatismo... Un componente antimodernista difuso le impulsa a rechazar cualquier forma de democracia y pluralismo. Las formas de racionalidad que la modernidad implantó: científico-filosófica, histórico-crítica, jurídica civil ... le son extrañas. El plus emotivo de su experiencia religiosa veta la forma mental que a partir de Descartes se implanta en Occidente. Pero no menos reacio se muestra ante la racionalidad histórico-crítica que durante la Ilustración y el siglo XIX trata de aclarar las dimensiones sociocontextuales de los textos sagrados. La credulidad y la carencia de crítica racional blindan una ingenuidad cercana a la superstición. Lo cual desautoriza su apelo constante a la literalidad de pasajes revelados como criterio de legitimación.

En el área cultural anglosajona, con raíces en las comunidades puritanas calvinistas, un integrismo biblista se transfiere de Inglaterra a los Estados Unidos, arraigando en las tradiciones comentaristas³¹⁷. Su lema *not Bishop nor King* (= ni obispo ni rey) condujo a la implantación del Presbiterianismo. Una muestra de la pervivencia actual del puritanismo se encuentra en la oleada de predicadores “televisivos” y líderes carismáticos en una sociedad constitutivamente secularizada y pluralista. Paradójicamente un Estado laico como EE.UU., que proclama en su constitución la separación entre Iglesia y Estado (1779), asiste al brote de actitudes integristas en las que aparecen maridados el fundamentalismo con el nacionalismo³¹⁸. Se asiste a la paradoja de una colonización por vía privada de la esfera pública, en la que esta es reconfesionalizada no mediante recurso al estado, como sucedió en los cesaropismos europeos, sino por potentes iniciativas privadas. El entusiasmo profético del emotivísimo calvinista reaparece con todo su poder de seducción con el instrumental eficaz que aportan la economía y la técnica. Vino añejo servido en odres nuevos: retórica sagrada en cadenas de televisión, instituciones asistenciales y docentes emblemáticas, filantropía social revestida de compasión religiosa... La religiosidad americana no padeció los vendavales del racionalismo ilustrado y del laicismo

³¹⁷ El episodio de los “padres peregrinos” (*Pilgrim fathers*) que cruza el Atlántico a bordo del Mayflower (1620) marca el inicio de una aventura caracterizada por un dogmatismo bíblico y un rigorismo de costumbres que arraigan en la interioridad iluminada del individuo.

³¹⁸ Ver ESTRADA, J. A., *El Dios de la guerra* en GÓMEZ-HERAS (Coord.) *Cultura, política y religión en el choque de civilizaciones*, pp. 333-350.

jacobino de la revolución francesa. Su integrismo dogmático, sin embargo, no se ha liberado de debates científicos como la polémica áspera que ha enfrentado y enfrenta al creacionismo del *Diseño inteligente* con el evolucionismo darwiniano. Un amplio déficit de crítica histórico-filológica bíblica permite que las actitudes fanáticas, v.g. de los Testigos de Jehova, mantengan creencias ingenuas en la literalidad de determinados pasajes bíblicos.

El Cristianismo católico no ha carecido ni ayer ni hoy de profetas fanáticos, de reformadores integristas o de visionarios iluminados. Dispuso, sin embargo, de potentes instancias *mediadoras*, tales como la Iglesia Jerárquica o la tradición que moderaron los impulsos de los profetas carismáticos y entusiastas. La evanescencia emotiva y la iluminación interior pierden blindaje cuando las creencias se dogmatizan en enunciados conceptuales, las normas se objetivan en cánones o la predicación evangélica se regula por un magisterio jerárquico. Las alas del fanático quedan sensiblemente recortadas. El papel moderador de la institución *Iglesia* no siempre logró imponer el justo medio de la prudencia aristotélica ni el amor de la caridad evangélica. El fanatismo católico encontró su caldo de cultivo en contextos histórico-políticos concretos tales como la cruzada medieval o la reforma protestante, produciendo lamentables y trágicos episodios de guerras de religión. A partir del siglo XVIII y una vez estabilizado el pluralismo cristiano en Europa, el fanatismo católico se vincula a la apologética integrista, que bajo presión del racionalismo ilustrado y del liberalismo volteriano, combate con las mismas armas al laicismo rampante de los

jacobinos y anticlericales decimonónicos. Cuando la convicción generalizada en los inicios de la modernidad de que la religión constituía el más potente elemento de cohesión de una sociedad y de un estado se debilita³¹⁹, restan erosionados los fundamentos para reivindicar posiciones privilegiadas para cualquier confesión religiosa. La tolerancia sustituye al dogmatismo inquisitorial y la libertad a la dictadura sobre las conciencias. El fanático siente con ello que se le escapa la arena bajo los pies. En el caso del Protestantismo, el primado concedido ya en sus orígenes a la subjetividad creyente, basada menos en el enunciado dogmático que en la confianza fiducial, y la carencia de la *mediación eclesiástica* facilitó la aparición mas frecuente de fenómenos de fanatismo pietista y la proliferación de sectas y predicadores carismáticos. Fue el resultado de la hegemonía de la *ecclesia cordis* sobre la *ecclesia iuris* y de un expresionismo de la fe subjetiva vertido en entusiasmos emotivos.

Ajeno a lo que la Modernidad y a la Ilustración aportaron a la historia de Occidente, es decir, razón pura en la filosofía o en el ciencia y libertad democrática en el Estado de derecho, el mundo islámico aparece hoy en día extremadamente permeable a los irracionalismos y a los entusiasmos del fanático. De los Hermanos Musulmanes

³¹⁹ Tal convicción formaba parte de los fundamentos del Antiguo Régimen tanto en los estados protestantes en los que estaba vigente el principio del *cuius regio huius et religio* como en la España del Nacionalcatolicismo, en la Francia del Rey Cristianísimo o en la Inglaterra anterior a Cromwel. Todos los monarcas eran reyes por la gracia de Dios y no por la voluntad democrática de sus pueblos.

en Egipto al terrorismo de Al Qaeda y de los guerreros del ISIS, se alarga un cordón umbilical que comunica la misma sangre. El fanatismo religioso árabe se nutre no solo de sumisión y entrega a la voluntad de Alah sino también de otras fuentes que arraigan en tradiciones y costumbres pre-modernas, potentemente activas tras fachadas de tecnología importada de Occidente. De nuevo nos hallamos ante vinos añejos conservados en odres novedosos y a veces espectaculares. Por otra parte, el fanatismo político-religioso islamista asume rasgos peculiares derivados de su confrontación con el Occidente tanto religioso como laico. El fanático que se autoinmola en un acto de terror revestido de sumisión a Alah y de promesa de paraíso, comprende su martirio como rechazo de una occidentalización que le hace perder la identidad cultural y le arrastra a degradación de costumbres. Occidente forma parte del mundo demonizado y perverso. La carencia de los refinados entresijos jurídicos del Estado de Derecho democrático es ampliamente compensada por creencias sencillas y elementales, en las que la teocracia islámica se contrapone a la democracia occidental. El Estado, identificado con la comunidad de creyentes (*Umma*) esta cohesionado mas radicalmente por la fe en Alah que la sociedad laica por la racionalidad democrática. La legislación se fundamenta sobre la misma religión (Sharia) y de tal amalgama deriva la idea de guerra santa como rechazo más o menos belicista de un mundo infiel a Dios. Si a ello se añaden resentimientos anticolonialistas, pannacionalismos árabes, pervivencia de estructuras feudales, desigualdades sociales o la geopolítica económica del petróleo, el

coctel ideológico del fanatismo islámico se convierte en bomba retardada de relojería para el futuro de la humanidad.

3.- INTERPRETACIÓN PSICOLÓGICA: RAÍCES PSÍQUICAS DEL FANATISMO

Anida en el psiquismo humano una pulsión hacia el holismo como exigencia de coherencia teórica y práctica en donde la razón encuentre sosiego³²⁰. Buscar lo absoluto y seguro, instalarse en la unidad del Todo como refugio frente a la inestabilidad y al relativismo que asedia a la existencia humana a través de las experiencias de un mundo plural y cambiante. Frente al prototipo del individuo liberal y tolerante de la sociedad actual, el fanático se deja seducir por la utopia irracional de una verdad carente de fisuras y de modulaciones y practica una moralidad de la que no está ausente la soberbia elitista del solitario³²¹.

Siguiendo el rastro del sujeto religioso inevitablemente se aterriza en la psicología. De hecho el fanatismo se cuenta entre los fenómenos estudiados por la psicopatología de la creencia, la cual lo relaciona con estados de sobreexcitación emotiva vinculados a predisposiciones patológicas y a situaciones de sugestión de masas. Estimulado por el entorno social o el acaloramiento personal, el fanático asume un estado anímico de exaltación entusiasta con importante componente de emotividad. Los resultados de los análisis psíquicos hablan de “falsa

³²⁰ KANT, M., *Von dem letzten Zwecke des reinen gebrauchts unserer Vernunft* en *Kritik der reinen Vernunft. Zweiter Teil* (Darmstadt, Wiss. Buchg., 1968) 671 ss.

³²¹ NIETZSCHE, F., *Menschliches, allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister, II Band*. En *Werke*, ed. K. Schlechta, (München, 1966) I, 909 (70), 994 (296).

conciencia de la realidad”, “arrebatos impregnados de furor divino”, “celos de impronta maniática”, “accesos de histeria mística”... en los que el entusiasmo del alma es recalentado por objetos inexistentes o, al menos, no existentes como el fanático los percibe. Nos hallamos ante una *falsa conciencia* (= *Schein*).

Las actitudes del fanático religioso (y a veces del político), remiten a comportamientos de autoafirmación de un *yo exacerbado* que se caracteriza por los rasgos siguientes: identidad cerrada, forma mental absorbente, posesión acrítica de la verdad, falsa conciencia ilusa, lenguaje falaz irreflejo, compromiso ético-político radical... Son actitudes que reflejan las patologías personales de los caudillos, de los falsos profetas religiosos o de los líderes proféticos político-sociales. La posesión incuestionable de la verdad exige al fanático el compromiso ético de predicarla y defenderla con un entusiasmo en el que prevalece la emotividad sobre la justificación científico-racional. Voluntarismo, mística y compromiso propician que el fanatismo adquiera rostro de una religión sucedáneo con mentalidad soterialógica para épocas abundantes en crisis y necesitadas de redentores.

Nietzsche, desde la autoexperiencia de un *yo patológico* impregnado del *fanatismo de la libertad*, derrocha ideas e imágenes para expresar aquella vivencia. En nombre de los *espíritus libres* y disertando sobre el bien y el mal anatematiza el fanatismo ético con lenguaje no carente de resentimiento. El fanático se instala en la certeza inamovible, practica el arte del encantamiento, alcanza el entusiasmo y

desde este ejerce la seducción persuasiva. En él esta ausente la crítica racional de los fundamentos exigida por Kant, aunque el Filósofo Regiomontano se encuentre también contaminado de fanatismo moral rousseauiano. Estamos ante temores y seguridades de tipo neurótico cuando el cristiano fanático se angustia por su salvación eterna. El instinto de los débiles exige certezas a las que agarrarse, provengan de la metafísica, de la religión o de la ciencia. Máscaras del cansancio, del pesimismo y del desengaño. El fanatismo acontece cuando la religión emerge de una voluntad enferma que busca seguridades a través del adormecimiento del sistema intelectual, hipnosis alcanzada mediante la hipertrofia de un punto de vista emotivo y unilateral a lo que el cristiano fanático llama fe. El condicionamiento patológico de la óptica en la que el fanático contempla la vida le convierte en el anticipo del hombre fuerte, del espíritu que ha logrado la libertad. La psicología de la certeza y de la duda muestra, sin embargo, que “...la grandilocuencia de aquel enfermo del espíritu, de este epiléptico del concepto, influye sobre las masas. Los fanáticos son pintorescos, pero la humanidad contempla con mayor agrado a quienes gesticulan que escucha a quienes razonan...”³²².

Uno de los grandes teólogos protestante del siglo pasado, K. Barth, en su magnífica síntesis de la *historia de la teología protestante* en el siglo XIX, sugiere una aguda interpretación del cambio que marco la transición de la ortodoxia protestante a la teología liberal burguesa,

³²² *Morgenröte. Vorrede in Werke*, ed. K. Schlechta (München, 1966) I, 1012-1013, 1050 (57): *Die fröhliche Wissenschaft. Fünftes Buch* en *Ibidem*, II, 213 (347) y *Der Antichrist* en *Ibidem*, 1222 (54).

detectando un proceso de secularización del *sujeto religioso* y de sus funciones a lo largo del pensamiento moderno³²³. Se trataría de una cadena de suplantaciones larvadas del *Yo* en la que este adquiere nuevo significado y alcance. La interpretación bahrtiana nos proporciona encuadre para explicar el *yo exacerbado* del fanático. Andaría por medio del fanatismo religioso un proceso de transformación del sujeto en el que desaparecerían los sistemas de *mediación*, que transmiten la experiencia religiosa. En efecto: el cristianismo medieval engarza sus creencias en un sistema sacramental vinculado a la teoría aristotélica de la causalidad instrumental según el cual dos *instancias mediadoras*, la Iglesia y la tradición, enlazan el sujeto creyente y la revelación divina, aportando ortodoxia teórica y práctica. El Protestantismo suprime tal mediación entendiendo la fe como un relación inmediata del sujeto creyente con el evento histórico en el que la revelación acontece. Este es el sentido del *sola scriptura sui ipsius interpretex*. La *mediación* se reduce al hecho histórico narrado en los evangelios. Pero el proceso de subjetivización antropológica que implanta la Modernidad modifica la situación al proclamar al sujeto sede de la experiencia religiosa, venga esta dada como razón cartesiana, como emotividad pietista o como libertad kantiana. Es el triunfo de la *inmediatez* según la cual la religiosidad acontece en la conciencia del individuo, declarando superfluas todo tipo de mediaciones, tales como la

institución Iglesia, la positividad histórica o la racionalidad científica. Lo absoluto se identifica con autoconciencia y experiencia subjetiva de lo divino. La mística protestante pietista lo definirá como iluminación o revelación interior e intuición afectiva³²⁴. La filosofía clásica alemana efectuará una secularización consecuente del sujeto religioso llevándola hasta el paroxismo. Kant aconseja obedecer los imperativos morales de la propia conciencia como mandamientos divinos, Fichte entiende el mundo como autoposiciones del yo y Hegel describe el devenir de la historia como metamorfosis de la autoconciencia.

4.- USO IDEOLÓGICO-POLÍTICO DEL FANATISMO

El fanático religioso no logra distinguir los ámbitos público-privado al carecer de sensibilidad para una sana ciudadanía laica consecuente con el tópico evangélico “dar al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios”. Tal confusión posibilita un uso ideológico-político del fanatismo. Lo cual desemboca en una colonización de los juegos discursivos civiles por parte de metarelatos dogmáticos y de formas mentales sacralizadas. Los monoteísmos religiosos y sus implicaciones son codificados en razonamientos, que remiten a fundamentos de carácter revelado-creyentes, cuyas aplicaciones se efectúan en el ámbito civil con abundancia de retórica emotivista. Tales prácticas coartan los espacios de libertad,

³²³ BARTH, K., *La théologie protestante au dix-neuvième siècle*. Trad. del alemán por L. Jeanneret (Genève, Labor et fides, 1969) 26 ss., 40 ss., 51 ss., 63 ss., 328 ss. y GÓMEZ-HERAS, J. Ma. Ga., *La religiosidad romántica en Religión y modernidad. La crisis del individualismo religioso de Lutero a Nietzsche* (Córdoba, Cajasur, 1986) 161-194.

³²⁴ Cf. LANG, A., *Puritanismus und Pietismus* (Neukirchen, 1941) y CHURCH, L. F., *The early Methodist People* (Londres, 1949).

de tolerancia y de democracia. Los lenguajes sociopolíticos reflejan una falsa identidad personal y colectiva, que imposibilita la autocrítica, el diálogo y el consenso social. Estas desviaciones de la conciencia colectiva se acentúan cuando son resultado de la proclamación sea del *nacionalismo* sea del *socialismo* como religiones sucedáneo. Aparecen en ese caso homologadas la religión y la nación o la clase social y la equivocidad de las palabras genera decisiones contradictorias. Un análisis del discurso referente a conflictos políticos, tales como el judeo-palestino, la guerra de Siria o el laberinto nacionalista español permite desenmascarar un amplio componente ideológico en el comportamiento de los fanáticos.

El fanatismo religioso encuentra un potente caldo de cultivo en aquellas sociedades en donde pervive la situación que en el Medioevo justificó las cruzadas y en la Modernidad las guerras de religión. Me refiero al modo de entender las relaciones entre la Iglesia y el Estado en el Occidente cristiano y las relaciones Estado- Mezquita en el mundo islámico. Quizá no exista en el terreno cotidiano de la praxis ámbito potencialmente más conflictivo al no estar desactivados por la libertad de pensamiento esferas tan sensibles como la presuntamente conflictiva relación ciencia-fe o la equivalente razón-revelación. El fanatismo, estimulado por el fundamentalismo político-religioso derivado de la identidad entre religión y estado, impide la constitución de un estado democrático de derecho y de una sociedad pluralista. La historia a este propósito nos ha legado una narrativa

trágica y un proceso tan arduo en intentos de solución como rico en conflictos. Que en la *Res-publica* romana la religión se subordinara al Estado y resultara costumbre la divinización del emperador legitimaba al fanático Nerón incendiando Roma mientras recitaba poesía histriónica. La identidad religión-estado en el Sacro Romano Imperio posibilitó que las Cruzadas combinaran el “Dios lo quiere” de liberar los Santos lugares con masacres sedimentadas en el imaginario colectivo en forma de mitos épicos. La Modernidad optó, - tras largas guerras de religión de las que España salió empobrecida y malparada - por el estado democrático de derecho y por la separación de la iglesia y del poder político en una sociedad laica, que no laicista, plural, aconfesional y tolerante. Cuidándose de blindar en la esfera privada, sin embargo, lo mas sagrado del sujeto: su libertad para creer y para rezar en un clima de esperanza y testimonio.

Transformado el fanatismo religioso en ideología, compete al filósofo desenmascarar el uso falaz del lenguaje a que da lugar. Deshacer la confusión permanente entre los juicios de valor que configuran el discurso ideológico y los enunciados descriptivos sobre hechos propios del lenguaje científico. Puestas manos a la obra se descubre un modelo hermenéutico de estructura falaz con predominio de trasfondo irracional y de emotivismo decisionista. La tarea crítico-ideológica, por consiguiente, ha de centrarse en el desenmascaramiento de la estructura ideológica de los juegos de lenguaje empleados y en la proliferación de falacias al ser intercambiados los significados de términos equívocos entre discursos heterogéneos como son los discursos religiosos, políticos y morales .

Lo cual permite descubrir camuflajes religiosos de formas ilegítimas de poder antidemocrático o enunciados emotivistas que se hacen pasar por verdades evidentes o adquisiciones científicas.

Descendiendo a detalles sobre como funciona el fanatismo fundamentalista en su uso ideológico, tanto religioso como político, cabría enumerar, al menos, seis falacias lógicas en donde el significado de enunciados heterogéneos se intercambia o yuxtapone produciendo los errores y ambigüedades propias de los lenguajes equívocos³²⁵: 1ª) la falacia jurídica consistente en atribuir idéntico significado y alcance a términos de significado no equivalente al ser usados en la esfera jurídica civil y en la esfera religiosa. Es lo que acontece con la Sharia islamista. 2ª) La falacia política que tiene lugar cuando ejercicios heterogéneos del poder intercambian competencias, funciones y roles, de modo que el poder político civil intervenga en la iglesia o mezquita obstaculizando que estas usen sus propios medios y persigan sus fines específicos. Es lo que acontece en los cesaropapismos antiguos y contemporáneos. 3ª) La falacia histórico-crítica resultante de la no aplicación de la investigación histórica y filológica a la desmitologización de relatos de libros sagrados en los que la verdad se corresponde no con lo narrado en el relato sino con el género literario del mismo. Tal es el caso de los relatos de la creación yuxtapuestos en el Génesis

bíblico. 4ª) La falacia religiosa, resultante de la extrapolación del poder sacro al ámbito civil, de modo que el ejercicio de la autoridad se revista de sacralidad, imposibilitando la implantación del estado racional y democrático de Derecho. Fue vicio generalizado en el Medioevo y rehabilitado hoy en día en los modelos políticos islámicos. 5ª) La falacia moral consistente en la homologación de valores y decisiones heterogéneas como son los avalados por creencias y relatos de salvación que aportan sentido a la vida personal y los legitimados por sistemas de normas de carácter civil y democrático que regulan la vida social. Es perspectiva a tener muy en cuenta en debates sobre cuestiones referentes al inicio y al fin de la vida. 6ª) Finalmente la falacia lingüística generalizada, fácilmente detectable mediante el análisis lógico que permite descubrir uso de términos **equívocos** cuando el significado de los mismos no se corresponde, dado que su horizonte hermenéutico es heterogéneo: la sociedad sacralizada, sea iglesia o mezquita, en un caso y la sociedad civil, sea el estado o la empresa privada, en otro.. En las situaciones enumeradas lo característico de la experiencia religiosa, es decir, ser juego de lenguaje revelado y creído, transmisor de salvación con exigencias dogmáticas y místicas, se transfiere a razonamientos sociopolíticos, cuyo sentido civil y secular se recubre de un halo y exigencia sagrada³²⁶.

³²⁵ Aristóteles define la equivocidad (*Sobre las categorías, cap. 1, 1.*) como uso de la misma palabra pero con un significado diverso. Lo único común entre dos lenguajes que usaran la misma palabra sería esa *palabra* pero no lo que con ella se quiere significar ni decir.

³²⁶ Ver GÓMEZ-HERAS, J. Ma. Ga., *Crítica ideológica y fundamentalismo: las seis falacias en Un paseo por el laberinto. Sobre política y religión en el diálogo entre civilizaciones* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2008) 278- 185.

5.- A MODO DE CODA: EL COMPROMISO ÉTICO-POLÍTICO FRENTE AL FANATISMO

Cualquier forma de fanatismo, pero los fanatismos religioso y político en mayor medida por las implicaciones que conllevan, se hacen acreedores de un juicio moral *negativo*. Lo exigen el atentado contra la dignidad de las personas que practican y el componente irracional que los sustenta. Valores básicos de la convivencia ciudadana, tales como la paz, la tolerancia, la libertad, la democracia y la pluralidad están en juego. La paz resta excluida por la beligerancia del fanático; la tolerancia por su dogmatismo y la libertad por su querencia totalitaria. La falsa conciencia individual y colectiva, generada por la ideologización del discurso, exige el ejercicio constante de la crítica ilustrada y el desenmascaramiento de los falsos juegos de lenguaje. Si tras el *yo exacerbado* del fanático subyace una sacralización perversa de lo divino, la falsa conciencia pretende legitimar una transmutación ontológica que Nietzsche no vacilaría en etiquetar como *nihilismo consumado*.

Puesto que el contexto cultural que permite la eclosión del fanatismo no es otro que aquel donde una subjetividad patológica pretende suplantar a una objetividad social, vertebrada en torno a los valores arriba nombrados, resulta imprescindible recuperar aquellas *mediaciones* que proporcionan legitimidad y validez a cualquier sujeto, especialmente al religioso y al político: la normatividad jurídica que legitima la acción en cualquier institución, la ciencia que aporta aquella verdad objetiva

testimoniada por los hechos y la racionalidad de alcance universal que reivindicaba Kant para que tras cualquier imperativo moral no se camuflara egoísmo. Esta destrucción de la *falsa conciencia* del fanático exige diálogo entre culturas y tradiciones para promover el conocimiento recíproco, erradicar la ignorancia de las masas y la injusticia social, encauzar procesos de integración de los colectivos de emigrantes en sociedades multiculturales, validar las normativas fundamentadas sobre los Derechos humanos. La combinación de praxis y de teoría resultan a estos propósitos imprescindible.

Y para que el *expresionismo del yo*, tan vinculado a la experiencia religiosa y a la praxis política, no padezca deterioro a manos de lo que E. Durkheim llamaba constrictión social o lo que los totalitarismo de cualquier cuño han practicado como violación de la libertad, recordar y usar aquella clarividente distinción de M. Weber entre una *ética subjetiva de convicciones* con amplio componente emotivo-axiológico y regida por el principio de la libertad y una *ética social de responsabilidades*, regulada por normas de alcance universal y fundamentada sobre el principio de justicia. En la primera adquiere pleno sentido la *ética personal de máximos* que no precisa ser fanática para aportar excelencia a la vida individual y en la segunda aquella *ética intercultural de mínimos* en donde son posibles los valores universales que acompañan a la dignidad humana. En ambos casos resta anulado el viejo grito del fanático: *fiat iustitia etsi pereat mundus* (= *que se haga justicia, aunque se destruya al mundo*).